

# EL CUADRO "EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO" REMBRANDT (1606-1669)

Comentario a tenor del libro "EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO. Reflexiones ante un cuadro de Rembrandt" de Henri J. Nouwen, PPC, Madrid, 1993. 26 ediciones.

## 1.- Rembrandt Harmenszoon van Rijn.-

Rembrandt, pintor holandés, es uno de los principales autores de toda la historia de la pintura. Vive entre 1606 y 1669. Es el maestro del claroscuro y uno de los más caracterizados pintores del barroco.

Llevó una vida azarosa, inestable, conflictiva y dura. Se casó dos veces y, al final, vivió con una mujer que no era su esposa, tras graves problemas familiares. Un año antes de su muerte falleció su hijo Tito. Esta muerte era el final de una trágica historia de muertes en la familia de Rembrandt, que hubo de enterrar, a lo largo de su vida, a tres hijas, dos hijas, una esposa y otras dos mujeres.

Estuvo arruinado en varias ocasiones. Un aspecto importante en su vida, en el ambiente permisivo de Amsterdam, fue su tolerancia religiosa - estuvo cerca de algunas sectas protestantes y fue muy proclive a los judíos, a quienes pintó en distintas ocasiones- y, al final de su días, vivió una sincera y quizás angustiada y atormentada búsqueda de Dios.



**2.- El cuadro "El regreso del hijo pródigo".-** Es quizás su última obra, pintado al final de su vida, en el año 1669. Es su testamento. Denota el largo camino de la vida del autor. Contrasta con otras imágenes de la juventud de Rembrandt en medio de un burdel, feliz y dichoso en su ser hijo pródigo (1636). Ahora diríase que quiere ser el Padre de la parábola, después de haber sido tantas veces hijo pródigo. ¿Autoretrato?

Es un cuadro de grandes proporciones -2,50X2 metros-. En 1766 fue adquirido por la Zarina Catalina la Grande e instalado en la Residencia de los Zares en San Petersburgo, capital de la Rusia Zarista, en lo que hoy es el Museo Hermitage.

**3.- Descripción del cuadro.-** El cuadro, pintado en esplendorosa técnica del claroscuro y del tenebrismo -rasgos definidores de la pintura barroca- representa dos grupos de personajes. A la derecha del cuadro, el abrazo entre un anciano y un joven harapiento, y a la izquierda, cuatro espectadores u observadores de la escena -dos hombres y dos mujeres-. El cuadro, como se acaba de decir, se completa con otros tres personajes. Uno de ellos aparece sentado, golpeándose el pecho. Podría ser la imagen del administrador o el recaudador de impuesto, imagen que suele simbolizar el pecado. Destaca en el cuadro la luz centrada sobre el abrazo entre los protagonistas de la escena. También aparece iluminado uno de los cuatro espectadores, en el que surge en el extremo izquierdo. La luz emana del anciano -el Padre de la parábola del hijo pródigo- y vuelve hacia él. Destaca asimismo el juego de colores: la gran túnica roja del Padre, el traje roto en dorado del joven -el hijo pródigo- y el traje similar al del padre del espectador principal -el hijo mayor de la parábola-. El fondo es oscuro a fin de que resalte más la luz de la escena principal.

**4.- Algunos rasgos y simbolismos más acusados.-** La luz es la "clave" pictórica y espiritual del cuadro. La luz enciende el cuadro. La luz señalará los principales mensajes. La luz nos permitirá, además, ver a Dios cara a cara, cómo es. "Muéstrame tu rostro, Señor". Una contemplación serena y completa del cuadro nos permitirá repasar la historia de la salvación.

**4.1.- Los rostros y las miradas:** Merece contemplarse con detenimiento el rostro del Padre, que se muestra íntegro, y los rostros de los dos hermanos, que sólo aparecen en una de las caras. Especialmente significativo será el rostro, casi fetal, del hijo menor.

**El Padre:** Es el rostro de un anciano digno y señorial. ¿Autorretrato de Rembrandt? La mirada del Padre aparece cansada, casi ciega, pero llena de gozo y de emoción contenidas. Es mirada que acoge, que sana, que perdona, que libera.

**El hijo menor:** La cara del hijo menor trasluce anonadamiento y petición de perdón. Es un rostro al que sólo se le ve una faz, un tanto deforme, a modo del rostro de un feto. Es signo del regreso del hijo menor al regazo del Padre-Madre. El pelo rapado le priva de individualización, lo hace uno más -como en los cuarteles o campos de concreción que cortan el pelo a todos por el igual-. El único signo de dignidad que le queda es una espada, que porta, atada, a la altura de la cintura. Es el testimonio de su origen, el único vínculo que le queda de su historia, la única realidad que todavía le une al Padre. Lleva las sandalias rotas, desgastadas. Ya no sirven. Con todo, el pie derecho va todavía más desguarnecido. Las manos del Padre jugarán también un especial paralelismo con los pies desnudos de su hijo menor, protegiendo, sanando, apoyando. El hijo menor todavía desconfía del amor del Padre. No quiere mostrar íntegro su rostro, sus intenciones -"Me pondré en camino y le diré...¡Padre, he pecado contra el cielo y contra tí!...Trátame como a uno de tus jornaleros". El hijo menor salió del hogar del Padre y se marchó a un país lejano. Ahora el Padre-Madre, con sus manos, con su cuerpo, con su manto, lo acoge y lo introduce en su seno misericordioso. La vida es una vuelta a Dios:"Nos hiciste, Señor, para tí y nuestro corazón no descansará hasta que vuelva tí".

**El hijo mayor:** El rostro del hermano mayor aparece resignado, escéptico y juez. El hijo mayor, correctamente ataviado, surge en el cuadro desde la distancia. Como el Padre, lleva barba y túnica roja, que, sin embargo, está bastante más apagada. Le falta brillo y, sobre todo, grandeza y dignidad. Su presencia es rígida, erguida. Está apoyado por un largo bastón, que lo hace más grande, más lejano, más sombrío. Su mirada es un tanto enigmática, con carga y fuerza contenidas. Se mantiene a distancia. Mira de reojo. Sus pies y sus manos: Está de pie mientras que el hermano menor está de rodillas y el padre está agachado. Tiene las manos cerradas, frente a las manos abiertas del Padre y de su hermano. Merece también compararse el calzado firme y correcto del hermano mayor frente al calzado roto e inseguro de su hermano. La "lejanía" del hijo mayor, su ser también "hijo pródigo" se traduce, en este caso, en la envidia, en la falta de coraje y de valentía para irse. Emblematiza actitudes de crítica, de rechazo, de resentimiento, de autosuficiencia y autocomplacencia. Es la amargura de "sabérselo" todo. Son los celos, el juicio, la condena, la severidad para juzgar a los demás. Estas actitudes "pródigas" y extraviadas son mucho más difíciles de detectar y de corregir que cuando son pecados y faltas explícitas. El hijo mayor representa la queja constante y amarga. Quejarse es contraproducente. Suele provocar más rechazo. Mientras tanto, la respuesta del Padre es la misma: el amor misericordioso, la acogida plena: "Hijo -<texnon>- , tú siempre estás conmigo...(Niño...Jesucristo...). Todo lo mío es tuyo".

**4.2.- La fuerza del abrazo y de las manos del Padre:** La centralidad del cuadro, el abrazo del reencuentro entre el Padre y el hijo menor, emana intimidad, cercanía, gozo, reconciliación, acogida. El Padre estrecha y acerca al hijo menor a su regazo -vuelta al hogar materno- y a su corazón, y el hijo, harapiento y casi descalzo, se deja acoger, abrazar y perdonar. El manto que viste el Padre hace como arco, que cobija y acoge. El manto expresa la figura de la gallina que extiende las alas y acoge a los polluelos. El Padre impone con fuerza y con ternura las manos sobre su hijo menor. Son manos que acogen, que envuelven, que sanan -el simbolismo del gesto cristiano y religioso de la imposición de las manos-. Las manos del Padre son las manos del varón y de la mujer. Es el Dios Padre-Madre. La mano izquierda, rugosa y firme, es la mano del Padre; la mano derecha, elegante y fina, es la mano de la Madre. El centro del cuadro, el centro de la luz que lo ilumina, descansa más precisamente aún sobre las manos. Las manos del Padre sobre la espalda del hijo menor son el corazón del cuadro. Hacia ella se dirige la mirada de todos los personajes. Son manos de amor, de descanso de acogida

**4.3.- Simbolismo e interpelación:** El cuadro nos interpela acerca de nuestra propia vida cristiana en clave de hijo menor -¡tantas idas y venidas!, ¡tanto buscarnos sólo a nosotros mismos, raíz del pecado!, ¡tantas mediocridades y faltas!- y de hijo mayor -el que todo lo sabe, el perfecto, el bien ataviado, el responsable, el cumplidor, el irreprochable, el juez que también se busca sólo a sí mismo y está lleno de soberbia soterrada- que cada uno de nosotros podemos llevar encima y ser. Nos llama y nos urge a ser el Padre de la parábola, en la acogida, en el perdón, en el amor, en la reconciliación plena y gozosa, sin pedir explicaciones, no exigir nada, sólo dando. El cuadro expresa el gozo inefable de la vuelta a casa, del regreso al hogar. ¡Yo soy casa de Dios! Todos y cada uno podemos ser mutuamente el Padre que acoge, perdona y ama.

## **5.- Otras consideraciones sobre esta parábola.-**

**5.1.- La mejor de las parábolas:** Es, sin duda, la bella y conocida de las parábolas del Evangelio. Es quizás la que mejor expresa quién es Dios y cómo es el hombre. Se encuentra el capítulo 15, versículos 11-32, del Evangelio de San Lucas. Otros nombres que podrían tener esta parábola son: "la parábola de los dos hijos pródigos", "la parábola del Padre y de los dos hermanos", "la parábola de la bienvenida del Padre misericordioso". Esta parábola es la mejor expresión humana de la compasión divina.  
**5.2.- Los cuatro símbolos que usa el Padre:** El anillo: Signo de filiación, ahora reencontrada. Las sandalias: Signo de la libertad recuperada. En la cultura hebrea y antigua, los esclavos iban descalzos; los hombres libres, iban calzados con sandalias. El traje nuevo: Signo del cambio y de la reconciliación. Imprescindible para una vida nueva y para la fiesta que después llegará. El sacrificio del mejor novillo: Preanuncio del sacrificio del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y signo de la fiesta, a la que acompañarán la música y los amigos. Es expresión de la fiesta de la reconciliación. La ropa del honor y de la dignidad, el calzado de la seguridad y del prestigio y el anillo de la filiación y de la herencia, enmarcado todo ello en el abrazo de la acogida y en la invitación a la fiesta y a la comida compartidas como expresión de intimidad, gozo, celebración y comunicación.

**5.3.- Referencias bibliográficas:** "EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO. Reflexiones ante un cuadro de Rembrandt" de Henri J. Nouwen, PPC, Madrid, 1993. 23 ediciones. "EL PADRE DEL HIJO PRÓDIGO", de José M<sup>a</sup> Cabodevilla, BAC. Carta Encíclica del Papa Juan Pablo II "DIVES IN MISERICORDIA", Capítulo IV, 30 de Noviembre de 1980. (En esta Encíclica, el Papa Juan Pablo II presenta el proceso de conversión del hijo pródigo como el camino en búsqueda de la dignidad perdida, de la humanidad mancillada, de la filiación despreciada y desperdiciada. El hijo pródigo es el hombre de todos los tiempos que rompe, que se aleja, que peca. Es también el hombre de todos los tiempos que busca el perdón, por que en el pecado se ha hundido a sí mismo; se ha alejado de su misma identidad y realidad; y vilipendiado la herencia auténtica que le corresponde. Este estado de ánimo del hijo pródigo cuando decide volver y pide ser tratado, no ya como hijo sino uno de los jornaleros de su padre, "nos permite conocer con exactitud en qué consiste la misericordia divina". El padre se mantiene fiel a su paternidad, fiel al amor. "El padre es consciente de que se ha salvado un bien fundamental: el bien de la humanidad de su hijo. Si bien este había malgastado el patrimonio, no obstante ha quedado a salvo su humanidad. Es más, ésta ha sido, de algún modo, encontrada de nuevo". Esta misericordia del padre hacia el hijo sólo puede ser entendida correctamente desde <dentro>. Desde <fuera>, como el ocurrió al hermano mayor, podemos percibir desigualdad y hasta injusticia. "La parábola del hijo pródigo- añade el Papa- demuestra cuán diversa es la realidad: la relación de misericordia se funda en la común experiencia de aquel bien que es el hombre, sobre la común experiencia de la dignidad que el es propia". "La parábola del hijo pródigo expresa de manera sencilla, pero profunda la realidad de la conversión. Esta es la expresión más concreta de la obra del amor y de la presencia de la misericordia en el mundo humano. El significado verdadero y propio de la misericordia en el mundo no consiste únicamente en la mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida al mal moral, físico o material: la misericordia -concluye Juan Pablo II- se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y extrae el bien de todas las formas de mal existentes en el mundo y en el hombre".)

**Fuente:**

**<http://www.conferenciaepiscopal.es/general/FiestasLiturgicas/cuaresma/hijoprodigo.htm>**